

Páginas Ilustradas

Revista Semanal

Año V ★ Director, Próspero Calderón ★ No. 198

Señorita Marina Chacón

Cuya boda se celebra esta noche



Es una reina sin par
que va en su carro de rosa
á sentarse magestuosa
en el trono del hogar.

San José, Costa Rica. — América Central. — 17 de mayo de 1908

Las ciudades de Costa Rica

X

San José

4º—Instrucción pública

En 1870 existían en San José 2 escuelas, una de hombres y otra de mujeres.

Según el censo, había en esta ciudad 1160 niños de edad escolar, y asistían solamente 400, quedando 760 sin recibir clases; este mal no era solamente de esta ciudad, sino que se extendía por toda la República; así, por ejemplo, en la provincia de San José habían 9055 alumnos, y sólo recibían clases 509.

El lector me permitirá que me separe por un momento del estudio de la ciudad, para hacer una comparación de la provincia de San José en 1870 y 1907 y demostrar mejor el progreso que ha alcanzado Costa Rica en el ramo de Instrucción Pública en estos últimos años.

Cuadro que demuestra las escuelas de la provincia de San José en 1870

CANTÓN DE SAN JOSÉ

Distritos	Escuelas	De varones	De mujeres	Alumnos	Varones	Mujeres	Asisten		Maestros
							Varones	Mujeres	
San José	2	1	1	1160	560	660	270	130	19
San Francisco	—	—	—	104	50	54	—	—	—
Mata Redonda y Pavas	—	—	—	221	112	109	—	—	—
Hatillo	—	—	—	151	71	80	—	—	1
Zapote	—	—	—	203	88	115	—	—	—
Guadalupe	1	1	—	685	323	362	54	—	11
San Vicente	—	—	—	287	127	160	—	—	—
San Isidro	—	—	—	374	196	178	—	—	—
San Juan	—	—	—	470	243	227	—	—	—
lajuelita	—	—	—	435	230	205	—	—	—
Mojón	—	—	—	484	245	539	—	—	—

CANTÓN DE ESCASÚ

Escasú	2	1	1	681	347	334	30	25	3
Santa Ana	—	—	—	206	148	148	—	—	—
Pacaca y Pirris	—	—	—	255	109	146	—	—	—
Puriscal	—	—	—	545	252	293	—	—	—
Desamparaditos	—	—	—	439	239	200	—	—	—
Tabarcia	—	—	—	209	108	101	—	—	—
San Pablo	—	—	—	86	45	41	—	—	—

CANTÓN DE DESAMPARADOS

Desamparaditos	—	—	—	250	119	131	—	—	—
San Antonio	—	—	—	189	85	104	—	—	—
Curridabat	—	—	—	274	137	137	—	—	—
Aserrí	—	—	—	205	117	88	—	—	—
San Miguel	—	—	—	207	90	109	—	—	—
San Rafael	—	—	—	134	69	65	—	—	—
San Juan de Dios	—	—	—	208	103	105	—	—	—
Candelaria	—	—	—	307	165	142	—	—	—
San Cristóbal	—	—	—	—	—	—	—	—	—
Dota y Tarrazú	—	—	—	196	100	96	—	—	—

*Cuadro que demuestra las escuelas de la provincia de
San José 1907*

Escuelas	96	
—	de varones	39
—	— niñas	35
—	mixtas	22
Asistencia	5931
—	varones	3204
—	mujeres	2727
Matrícula	6972
—	varones	3769
—	niñas	3303
Maestros	323
—	Ordinarios	288
—	Especiales	35
—	Hombres	95
—	Mujeres	228
—	Con título ó certificado	99
—	sin título	189
—	costarricenses	303
—	extranjeros	15

Aunque los cuadros no son parecidos en la estructura, los totales son comparables entre sí.

Maestros:

Un aumento de 300 maestros ha habido en la provincia de San José en el trascurso de 37 años; seguramente que este progreso ha tenido su mayor aumento, después de la ley de Educación Común; pues es de notarse que ya en 1889 había 104 maestros.

Comparación de los censos

En el cuadro de 1870, tenían edad de asistir á la escuela 9055; en 1885 la provincia de San José tenía una población escolar de 9752; en el 93 la cifra alcanza un enorme número como es 14488.

De 1907 no se puede dar una cifra del censo, pues no se hizo, pero el número de alumnos matriculados acendó á 6972.

Aristencia

Según el cuadro de 1870, frecuentaron las escuelas 509 alumnos, en 1888 la asistencia llegó 4034 y en 1907 es de 5931.

Aquí cabe hacer la siguiente observación: es claro, que en 1870 la asistencia era poca, porque la población no era

muy numerosa; pero en 1907 que la población es grande, claro está que la asistencia es mayor; esto no deja de tener su razón; pero si comparamos la asistencia con el número de alumnos del padrón vemos que aquéllos son muy pocos; no pasando esto en 1907, que los alumnos que no asisten á la escuela son pocos en comparación á los que asisten.

Escuelas

La diferencia del número de escuelas de los años de que se habla es muy grande, observamos que en el trascurso al 1870 á 1907 se han establecido en la provincia 91; el aumento no ha tenido una proporción constante; sino por lo contrario de un año para otro el aumento es notable; por ejemplo, tenemos que en 1885 había en la provincia 56 escuelas y en 1886, 67 lo que indica un aumento de 11 escuelas.

Por estos pequeños apuntes, podrá el lector darse una idea aproximada del gran adelanto que ha alcanzado Costa Rica en el ramo de Instrucción Pública.

Seguramente el hecho que vino á unificar la labor constante de todos los costarricenses, en este ramo, fué la ley de Educación Común.

Nota.

En el número VIII, de las Ciudades de Costa Rica, y en el cuadro del Estado de las Escuelas en 1852, aparece el barrio del Espinal sin ninguna denominación; según me comunicó el Lic. don Octavio Quesada, el citado barrio existió por la quebrada de Lantisco; pues ésta en el tiempo de que se habla se llamó quebrada del Espinal, tomando así parte del actual distrito del Hospital y de la Merced.

Mayo 1908.

José M. Fristán



Ora, manso animal, inmóvil miras
cual fijo bloque, el campo floreciente;
ora al pesado yugo das la frente
y á la labor del hombre fiel conspiras.

El te aguja, él te punza, y tú á sus iras
los ojos revolviendo mansamente,
repondes en silencio. ¡Oh, buey paciente!
paz á un tiempo y vigor al alma inspiras.

Tu ancha negra nariz húmedo aliento
exhala: tu mugir ondeando lento
en los serenos ámbitos se pierde;

Y en el glauco cristal de tu pupila,
grave y dulce, refléjase tranquila
la muda soledad del campo verde.

Fos. Canducci



Escenas campestres en Costa Rica

Fot. Rudd

NOTAS CRÍTICAS

Psicología de la moda femenina, de Enrique Gómez Carrillo.—Geranios Rojos, de Gonzalo Sánchez Bonilla. Voluptuosidad, de Miguel Angel Corral.

4.—*Enrique Gómez Carrillo* ha tenido la bondad de enviarme su último libro *Psicología de la moda femenina* (Madrid, Pérez Villavicencio). Es un corto estudio del ansia femenina por todo lo que es adorno y coquetería. Su prosa fluida y agradable está llena de paradojas simpáticas y de ideas más ó menos nuevas sobre la belleza y sobre la moda, las dos grandes aliadas que, las más de las veces, se destruyen recíprocamente. Sin embargo, á este libro son de preferirse los que Gómez Carrillo ha publicado últimamente como resultado de sus viajes al Oriente: *De Marsella á Tokio. El Alma Japonesa. La Rusia Actual*. En estos libros su autor ha olvidado, por un instante, la eterna obsesión del bulevar parisiense y se ha dedicado á estudiar cosas que, verdaderamente, merecían ser estudiadas. Sus relatos de viaje nos dan una idea bastante exacta y en manera muy original, de los pueblos que ha visitado.

En cierta ocasión Rubén Darío dijo—tal vez deseando que se le devolviera el elogio:—«Después de la muerte de Jean Lorrain no hay hombre más parisiense que Gómez Carrillo.» Y este escritor lo creyó y por mucho tiempo lo siguió creyendo; testimonios de esa creencia han sido los diversos artículos y los diversos libros que ha publicado, llenos todos de la insana influencia parisiense, frívolos todos y sin ninguna importancia para quien lee con el deseo de instruirse y deleitarse al mismo tiempo.

Algunos llegaron á ver en Gómez Carrillo á un precursor. Un precursor de qué cosa? Los mismos que lo dijeron confiesan que no lo saben. Gómez Carrillo mientras expresé el ansia de ser el hombre más parisiense de París fué un escritor de segundo orden: su frivolidad era demasiada y demasiado impuesta para que en él se pudiera reconocer al escritor de verdadero talento que hoy conocemos por sus libros de impresiones de viaje. Su Rusia, su Japón, su Argelia, su Egipto y su India valen mil veces más que el maldito París que había adormecido sus energías y que

había hecho de su pluma algo femeninamente superficial y débil.

Antes que aspirar á ser el precursor de que habla un crítico—precisamente en las páginas de introducción de *Alma Japonesa*,—Gómez Carrillo debe buscar el medio de ser un escritor de energías tropicales sin la inacción oriental que, con tanta justicia, ha reprobado en sus libros sobre el Asia y el Africa.

5.—De entre la multitud de libros hispano americanos que continuamente recibo, *Geranios Rojos* de *Gonzalo Sánchez Bonilla* es uno de los que más me han interesado. Es un libro de cuentos, de cuentos intencionados; cada uno de ellos tiende á un fin noble: hacer propaganda sincera por los nuevos ideales que hoy comienzan á germinar en el cerebro de la juventud quijotista indio española. *Geranios rojos* es un libro simpático escrito con garbo y sin grandes pretensiones. Su autor—quien es muy joven—promete ser uno de los buenos cultivadores del género de novelas cortas y cuentos. La sinceridad de algunas páginas y el atrevimiento de otras hacen de *Geranios Rojos* un libro que será muy leído y que obtendrá la aprobación de quienes en América luchan por el triunfo de la Vida y de la Verdad.

6.—No conocía, antes de ahora, á *Miguel Angel Corral*. Su libro *Voluptuosidad* ha venido á presentármelo como una persona muy elegante y como un escritor más que mediocre—si es que á seres que escriben como él escribe se les puede llamar escritores. Que es persona elegante lo atestigua la fotografía que la vanidad del autor ha querido poner en la primera página del libro. Es difícil explicarse cómo un hombre tan pulcro en el vestir no haya vacilado en publicar un libro que no lo recomienda, pues *Voluptuosidad* es una obra insulsa, sin ideas y casi podría decir, sin argumento; no se puede llamar argumento el siguiente: una modistilla se entrega en cuerpo y en alma á un bohemio con el cual vive, entre risas y lágrimas, hasta que un día, y hartos de tanto placer y de tanto dolor, mueren trágica-

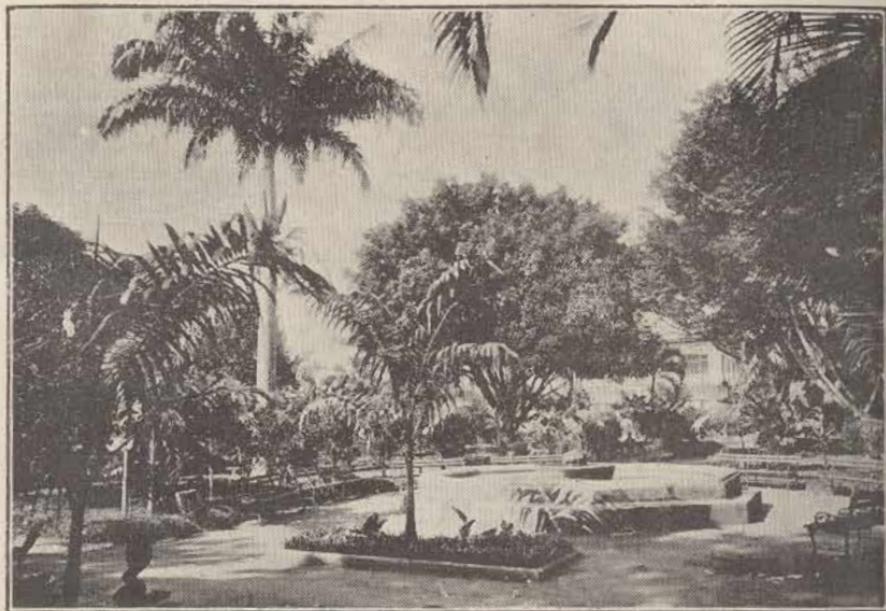
mente en un paseo organizado por ambos para despertar de alguna manera las pasadas horas voluptuosas.

Da tristeza leer libros que como en el que hoy me ocupo, son evidentes manifestaciones de la grafomanía hispano americana. Todos allá en América, se creen en el derecho de publicar obras que, la mayor parte de las veces, no poseen siquiera el más ínfimo valor artístico. No saben lo que es estilo, juntan frases banales á frases banales, forman períodos sonoros y capítulos huérfanos de ideas y la pobre literatura americana cuenta así con un libro más;

con una vergüenza más, diría yo y dirían todos si no hubiese críticos ignorantes que vienen á poner por las nubes la nueva producción de un autor que según ellos, los blasfemos, «constituye una de las más risueñas esperanzas para las letras del Nuevo Continente.» No les crea el señor Corraí. Su *Voluptuosidad* no es siquiera una esperanza, no; es un conjunto de cosas superficiales que forman un volumen, eso sí, un volumen bastante grueso pero que no despiertan en nadie ni interés, ni admiración, ni nada.

Florercia—Italia.

José Fabio Garnier



Costa Rica.—Vista en el parque de Puerto Limón

Fot. Rudd

El Año Tropical

De la *Nuova Rassegna*, revista italiana de literatura moderna que se publica en Florencia, traducimos lo siguiente, que se refiere á la composición poética *El Año Tropical*, de nuestro corredactor don Justo A. Facio:

“En la Revista *Páginas Ilustradas* (nº 178 del 1º de enero de este año) hemos leído con gusto un collar de sonetos bellos del poeta Justo A. Facio. Tienen el nombre genérico de *El Año Tropical*, y cada uno de ellos está dedicado á un mes del año.

“Canta el poeta el estremecimiento voluptuoso de la Naturaleza en Enero; la lucha que en Febrero se puede observar entre el sol glorioso y las nubes que “al encuentro del gigante ¡parten en obscura masa”; la profunda quietud que envuelve la vida en Marzo; las nubes oscuras, los truenos prolongados que ruedan por la cima y las lluvias rumbosas del mes de Abril; la renovación de la tierra que se engalana como una muchacha en día de fiesta, de miles y miles de flores, que prende en su verde regazo el alegre Mayo; la inmensa y tenaz monotonía de Junio; el sueño pesado de Julio; las labores campesinas con las cuales Agosto acostumbra al hombre á matar el tiempo; la lluvia vivificante de Setiembre; las

nieblas de Octubre; la atmósfera plomiza que “como una sombra inmóvil y pesada” echa Noviembre “sobre la tierra aletargada”, y los fuertes vientos que “en fogosa é incansable correría despedazan bramando la floresta”, en el último mes del año.



Hortensia y Víctor Manuel Romero Bolaños

Fot. Paynter

“El collar de sonetos está dedicado á Salvador Rueda, poeta español que goza de gran fama en América. No alcanzamos á comprender el por qué de esta fama.—*La Redacción.*”

Decadentismo

En el número de hoy de *Páginas Ilustradas*, como lo ofrecimos, terminamos con los conceptos eminentemente juiciosos que expone Carlos Arturo Torres en sus *Estudios*, sobre el tópico que venimos tratando desde números anteriores. En el próximo, nos referiremos a los de otro notable escritor colombiano muy conocido en Costa Rica y que ha hecho carrera de periodista de primer orden en las Repúblicas del Sur. He aquí los párrafos últimos con que aquél termina su importante obra:

«En el dominio exclusivo del arte no habrá innovación, por genial que se le suponga, suficientemente poderosa á impedir que el hombre vuelva alguna vez y muchas á las obras anteriores olvidadas é imperecederas.

No hay, pues, en realidad un espíritu viejo y otro nuevo que, como conceptos absolutos, partan el sol y en cuyas banderas esté escrito: aquí, *tradición*, y allá, *porvenir*. La mente humana es á la vez múltiple en sus formas, una en su esencia, modificada y modelada en cada caso por las circunstancias ambientes; verdad que nos llevará á no rechazar á los recién venidos, y lo que es todavía más generoso y más social, á no desconocer á los que han pasado.

Ninguna revolución literaria puede implicar destrucción, sino renovación. Vale la pena de que se analice en alguna parte el concepto tan agresivo como vacío de sentido de que «los nuevos han hecho rodar por el polvo los ídolos de ayer». ¿Qué significa tan hueca frase? ¿Que una nueva forma de arte ilumina las anteriores? Esa sería la más insensata de las negaciones, el mas lamentable de los empobrecimientos; si eso fuera así, el espíritu humano se iría disminuyendo día por día, perdiendo en cada etapa el acopio de ideas y de formas anterior, todo el inmenso trabajo acumulado y extratificado como base de ulteriores desarrollos. ¿Que no se imita ya ni se debe imitar á esos «ídolos derrocados»? Ni á ellos ni á nadie en lo posible; y bien entendido que hay menor peligro para el gusto y la cultura generales en copiar las modelaciones que el clasicismo consagró, que en lanzarse en pos de los espíritus originales y personalísimos que crean nuevos conceptos del arte, porque esos talentos de elección son inimitables, y lo que es en ellos atrevimiento genial y revelación deslumbradora, puede resultar carica-

tura grotesca en los menos bien dotados (*).

¿Qué no se lea á los de ayer? Eso sería dejar á las nuevas generaciones en tinieblas sobre la formación histórica de la literatura; de ahí al criterio de Omar no hay más que un paso. ¿Que no se les admire? Concedido el derecho de leerles está implicado el de admirarles, si son admirables. La pomposa frase no corresponde, nos parece, á ningún hecho real.

La cultura humana es la resultante armoniosa de las ideas que brotan al estímulo de las necesidades, de los dolores, de las investigaciones y de los anhelos de la época actual, *sumada* á las anteriores adquisiciones mentales. En la obra de arte el pasado—y el pasado principia á cada instante—como exponente de mentalidades definitivamente formuladas, de estados de alma que el presente no puede ya modificar, es irreparable; como hecho consumado en miríadas de formas y miríadas de obras, es indestructible; como santuario que guarda los tesoros de la mente humana al través de los siglos, es inviolable. Si mañana tuviera su grandiosa realización un pensamiento como el del teatro d'annunziano de los Montes Albanos y se erigiera un Templo á la Palas Atenea del porvenir, y en ese santuario agitara un arte soberano cuanto bello y grande y nuevo y atrevido exteriorizan la línea y el contorno, podría alguno exclamar en la soberbia del triunfo realizado: *¿hemos arrojado al polvo el Partenón?*

En las sociedades como en los hombres, el pasado guarda muchas veces lo mejor de nosotros mismos, en el orden intelectual, es la montaña de formación mil veces secular sobre la cual brotó ayer una floración maravillosa, hoy otra y mañana otra y otras en el engranaje de los siglos; la montaña tiene ya los caracteres de la eternidad. La inteligencia humana se refleja en ondas siempre nuevas y huye de ellas como Hera, virgen cada vez, pero no como Hera celosa del pasado ni destructora de sus creaciones; las escuelas no se oponen sino se continúan y se completan sin pensarlo y sin quererlo; no hay demoliciones literarias ni aun revoluciones propiamente dichas, sino adaptaciones sucesivas, correlación incesantemente renovada entre la forma literaria y el estado de alma de cada generación.»

F. F. N.

(*) Ejemplos: Rubén Darío y todos los imitadores de Hispano América. Nota de la Redacción.



Señorita Eugenia Lamico

Fot. F. Robert

Curiosos contrastes químicos

Por Gustavo Michaud

Traducido del *Scientific American* del 28 de diciembre de 1907.

para *Páginas Ilustradas*

El experimento cuya descripción sigue no ofrece ninguna dificultad aun á personas que no tuviesen ninguna práctica en las operaciones químicas. Da una idea de la diversidad extraordinaria de cambios químicos ó físicos que pueden resultar de la acción de un reactivo único sobre otros cuerpos.

Se disponen en siete pares catorce vasos de vidrio.

Si se introduce en el vaso D un fósforo encendido, algunos centímetros arriba del líquido, saltan llamas, con ruido, en todas direcciones. Si se trata de hacer el mismo experimento con el vaso D', el fósforo se apaga silenciosamente. El líquido del vaso E tenía un olor sofocante; lo pierde instantáneamente. El líquido del vaso E' antes inodoro, adquiere un olor tan

fuerte y tan repugnante que es preciso llevar el vaso fuera del cuarto.

El líquido del vaso F era rojo; se pone azul. El líquido del vaso F' era azul; se pone rojo.

El vaso G contenía una sustancia sólida que se pone líquida. El vaso G' contenía una sustancia líquida que se pone sólida.

Cada transformación es el resultado de la acción del ácido clorhídrico ordinario sobre alguna otra sustancia química. He aquí la naturaleza y las proporciones de éstas, suponiendo que la capacidad de cada vaso sea de cerca de 250 c.c.

El vaso A contiene 50 gr. de soda cáustica disuelta en 100 c.c. de agua. Esta solución llena aproximadamente la mitad del vaso. Durante el experimento se acaba de llenarlo con ácido clorhídrico. Este debe agregarse lentamente, mientras se menea el líquido con una barilla de madera. Las últimas adiciones de ácido determinan la ebullición del líquido. Después del experimento se observa que el vaso contiene sal marina mezclada, sea con ácido clorhídrico, sea con soda cáustica.

El vaso A' ha sido llenado de sulfato de sodio en cristales pequeños y éste debe enteramente cubrirse con el ácido.



Un mismo líquido produce en cada par de vasos dos fenómenos diametralmente opuestos.

El experimentador toma una sola botella conteniendo un líquido único y vierte un poco de este líquido sucesivamente en los catorce vasos. Esta adición produce en cada par de vasos los resultados opuestos siguientes:

La sustancia contenida en el vaso A se pone tan caliente que no se puede tomar el vaso con la mano; la sustancia contenida en el vaso A' se pone tan fría que una capa de nieve se forma prontamente sobre el lado exterior del vaso.

El líquido del vaso B era azul; pierde su color. El líquido del vaso B' era sin color; se pone azul.

El vaso C contenía un líquido cristalino que se pone turbio. El vaso C' contenía un líquido turbio que se pone cristalino.

La temperatura baja inmediatamente bajo cero. El frío aumenta todavía si se menea el contenido del vaso con una varilla de madera.

Los tres cuartos del vaso B se llenan de agua y un decígramo de sulfato de cobre se disuelve en ésta. Se agrega después amoníaco en pequeñas cantidades hasta la aparición de un color azul intenso. La adición de ácido clorhídrico produce la desaparición de este color.

En el vaso B' se introduce primeramente una solución de 2 cgm. de ferricianuro de potasio en 100 c. c. de agua, y, después, una solución de 2 cgm. de sulfato ferroso en 100 c. c. de agua. Luego se agrega amoníaco, gota á gota hasta que el color azul desaparezca. El ácido clorhídrico determina su reaparición instantánea.

El vaso C. contiene una solución de acetato de plomo. El ácido forma en ella un presipitado abundante de cloruro de plomo.

Los tres cuartos del vaso C' se llenan de agua á la cual se agrega como media cucharada de cal muerta. El cloruro de calcio que resulta de la acción del ácido sobre la cal, es muy soluble en el agua.

En el vaso D se depositan unos pedazos de zinc. El gas que se enciende con ruido cuando se acerca un fósforo, es hidrógeno.

La tercera parte del vaso D' se llena de una pasta de cenizas de madera con agua. El ácido determina el desprendimiento de anhídrido carbónico que apaga el fósforo.

En el vaso E se introducen 100 c. c. de agua, 50 c. c. de amoníaco y bastante tintura de tornasol para que se distinga el color azulado. No se puede oler este líquido sin que duela la nariz. Durante el experimento, se agrega el ácido poco á poco, hasta que el color azul sea repentinamente reemplazado por un color rojizo. Coincide este fenómeno con la desaparición del olor.

Una tercera parte del vaso E' se llena de agua y en ésta se echan diez gramos de sulfuro de hierro pulverizado. Bajo la influencia del ácido, un desprendimiento de hidrógeno sulfurado se manifiesta. Este gas es el agente activo de ciertas aguas minerales á las cuales comunica un olor de huevos podridos. Es venenoso, pero la cantidad producida durante el experimento es pequeña y el olor tan fuerte que el aire parece irrespirable mucho tiempo antes de que haya algún peligro. No se debe sin embargo poner la nariz sobre el vaso ni dejarlo en el cuarto más tiempo que el necesario para la percepción del olor.

El líquido empleado para el vaso F es del mismo con que se llenó el vaso B. Se le ha agregado 1 cgm. de escarlata de anilina. El vaso F' contiene la solución ordinaria de tornasol azul.

Magnesia calcinada es la sustancia sólida que llena la cuarta parte del vaso G y la solución siruposa ordinaria de silicato de sodio es el líquido que se pone instantáneamente sólido cuando se le agrega el ácido clorhídrico.

Mayo

Mayo parece una ánfora fragante
llena de santos gérmenes de vida,
que al beso de la tierra conmovida
de aromas hincha el beso palpitante.

Al alzar sus esencias estallante
vierte una luz, que deja convertida
en claveles de plata estremecida
y á la mujer en manantial amante.

Si mayo inclina la ánfora sagrada,
nace la llama de la fe apagada,
brotan verdores del erial extenso.

Engendra frutos en la estéril roca,
arranca risas de la muerta boca
y hacen del mudo un carazón inmenso!

Salvador Rueda

Señora Anita E. de Salmon

Pocos talentos tan finamente educados, tan fragantes y exquisitos he encontrado en la arena de las letras, como el de la señora doña Anita E. de Salmon. No hace vibrar la idea con esforzado acento y aparatoso esplendor. Su número es dócil, suave: no cabrillea entre sabanas de exóticos vocablos, antes bien, responde con sencillez al pensamiento fundamental.

Como á buena parte de los escritores de su sexo, preocupadísimo de la cuestión religiosa.

Cierto desdén por el orgullo del hombre, por sus pretensiones, por sus audacias, por sus heroísmos, revelan que el manantial de su inspiración se nutre de leyendas y de metafísicas, siempre dispuestas á menoscabar el poder creador y dominador de "la flaca criatura".

La señora Salmon es un espíritu culto. Autora de múltiples producciones, campea en sus escritos, como rasgo distintivo, la dulzura y bondad de los místicos españoles.

Argentina de origen, en Londres educóse y ha pasado la mayor parte de su vida. Los privilegios de su cuna y de su posición económica le han permitido gozar los encantos de una vida errante.

España, Francia, Italia, Norte América, sin citar Inglaterra, han sido el teatro de sus excursiones con fines



Señora Anita E. de Salmon

artísticos: la visita á las Exposiciones, á los Museos, á las Ruinas históricas. . . . De ahí su criterio comparativo, investigador, y su entusiasmo por cuanto despierta el sentimiento de lo bello.

Es posible que un día llegue á nuestro país.

Acoja la distinguida señora Salmon con estas líneas, mi homenaje de simpatía y admiración.

Ll. B,

La plegaria

I

No solamente tiene ángeles el cielo; también hay un ángel del corazón, el ángel del corazón es la Plegaria.

II

Al caer la tarde hay espumas que se quebran en las olas, hay nubes que se diafanizan en el éter y rayos que se desvanecen en lo alto. Esas espumas, y esas nubes, y esos rayos, ¿qué otra cosa son, sino Plegarias?

III

La luna, como hostia, se eleva en el

Oriente: las estrellas, como lágrimas, se asoman en el cielo; las olas, como quejas, sollozan en las playas. Y la luna que se eleva, y las estrellas que lloran, y las olas que suspiran, ¿qué otra cosa son, sino Plegarias?

IV

El estufo de las flores, el murmullo de los bosques, el concerto de la lira, las estrofas del poeta, el humo de los incensarios; todo lo que solloza y todo lo que espera, todo lo que es verdad y amor y gloria; todo se eleva á Dios; ¡todo es Plegaria!

Felipe Tejera

Conceptos literarios

Londres, 10 de diciembre de 1907.

Señor Lisímaco CHAVARRÍA

Muy estimado señor:

He recibido su libro de versos titulado *Desde los Andes*; y ruego á V. acepte mi reconocimiento por su obsequio.

Son, en mi sentir, bellísimas sus composiciones y respiran la vida tal como es en sí, triste, aunque esperando ansiosa algo en un lejano más allá. ¿Qué es ella? Con palabra no puede V. definir ese desasosiego del alma, ni puedo yo, criatura de menor inteligencia.

Así las alegrías, no de la tierra, vienen á deleitar sólo á un alma exaltada por el dolor y el sufrimiento.

Esa alegría es tan sincera y profunda como el cielo mismo al terminar la vida. Nos elevaremos á una inmortalidad que purificará el alma de sus flaquezas y dolores.

Estos sus pensamientos de V. parecen respirar hondo y proceder de un alma llena de emoción y poseída por el anhelo de manifestarse.

Todos los deseos, esperanzas, temores, esfuerzos y atrevimientos, donde el Hijo de las Tristezas había dejado su sombra, están iluminados por la dulzura de su canto.

—
"Laureato si, mi signore, per cosa
nostra madre terra,
la quale ne sustenta e governa
e produce diverso frutto con
colorito, fiore e erba."

—
Verdaderamente bellas son sus estrofas: sugestivas, como pueden ser-

De Vd. muy sincera servidora,

lo las cosas naturales, poseyendo la vida del humano aliento, recordando la transparencia del esplendente em-píreo y aquí abajo las aguas cristalinas. . . ., puras y sencillas como columnas jónicas; ritmo que se desliza volando como pájaro que salvó la inmensidad del espacio y con lírica alegría cantó á su Creador: así su verso.

Canto de flautas, ruido de pisadas en la yerba, ligeros inconstantes pies que se posan y toman, al rozarla, rítmica ondulación, vagas siluetas, roce de vestidos, luz de Sol que declina y reclama de voces bajas y suaves. Hojas que tiemblan en la silenciosa luz que juega sobre el césped, notas llenas que se levantan lentas y seguras, voces que se apresuran y corren ligeras como evocación de fantástica leyenda.

Luego cantan dulcemente pajarillos que revolotean agitados entre las plateadas hojas; por fin caen pétalos de rosa bajo diáfano cielo que se enarca todo luminoso y profundo. Gloria en cada palabra sonora y en cada poema: aclamaciones, triunfos, choque de aceros, pisadas de conquistadores por las calles, y el triunfo de la contienda que vibra como clarín sonoro.

Sí, todos estos sueños vienen á mí al leer sus versos, cual aves que desde lejos llegasen revoloteando á detenerse en torno mío.

Saludo á V. muy humildemente, y acepte mis fervientes deseos de que todo sea siempre propicio á sus importantes trabajos literarios.

Anita S. Salmon

(Traducción del inglés por la señorita Rosario Fernández Ferraz.—L. D.)

Los que emplean los numerales ordinales hasta *duodécimo* sólo con nombres de reyes de España y de Papas, y con los de otros monarcas extranjeros los mismos numerales hasta *décimo* ó *undécimo*, pueden escudar esta práctica con la autoridad de don Andrés Bello, como pueden hacerlo también los que usan indiferentemente los cardinales y los ordinales. Oigamos al maestro: "Empléanse asimismo como ordinales los cardinales: la ley *dos*, el capítulo *siete*, Luis *catorce*, el siglo *diecinueve*... Con los nombres de reyes de España y de Papas se prefieren constantemente los ordinales, hasta *duodécimo*: dicese Benedicto *catorce* ó Benedicto *décimocuarto*; pero siempre Juan *veintidós*. Con los nombres de otros monarcas extranjeros solemos juntar los ordinales hasta *diez* ú *once*, los cardinales, desde *diez*. Enrique *cuarto* (de Francia), Federico *segundo* (de Prusia), Luis *once* ó *undécimo* (de Francia). Carlos *doce* (de Suecia)" Todos los autores que hemos consultado, ó guardan silencio en este punto, ó copian servilmente á Bello. Por cuanto no hallamos fundamento para la restricción contenida en las líneas trascritas, preguntamos por qué con los nombres de reyes de España y de Papas hemos de emplear de un modo los ordinales y con los de otras naciones debemos de usarlos de diferente manera? Esta regla carece del carácter general que ha de tener toda regla; ni puede tampoco demostrarse por el uso de los escritores autorizados, de manera constante y absoluta.

Cuervo dice (*Notas á la Gram. de Bello*, 41^a, ed. de 1905): "Es de notarse que el uso de los ordinales va haciéndose cada día menos común; y como son puramente latinos, de ordinario sólo las personas letradas los saben de *veinte* en adelante. En otro

tiempo se empleaban en muchos casos en que hoy serían inaceptables; Mariana, por ejemplo, dijo Juan *vigésimosegundo*, y Saavedra Juan *veintidoseno*." Esto viene en apoyo de lo sentado por el ilustre venezolano; pero no se ha tenido en cuenta que los numerales ordinales que pasan de *veinte* empleados con nombres de personas son contadísimos, ni que los que de ellos pueden hacer uso deben ser gentes letradas y leídas, que han de saber, por ello, lo que dicen. Cuando queremos, verbigracia, designar un día, un aniversario, nadie ha dicho ni escrito el *ochenta* día, el *noventicinco* año, el *setentiséis* aniversario, sino el *octogésimo* día, el *nonagésimo quinto* año, el *septuagésimo sexto* aniversario, aunque al posponer el numeral podría talvez aceptarse el día *ochenta*. José María Sbarbi ha dicho: "Cervantes, cuyo *ducentésimo sexagésimo* aniversario de su muerte conmemoramos en este día." El *doscientos sesenta* aniversario sonará bien en la boca de un orador cursi ó en la pluma de un gacetillero intonso. El treinta y uno de diciembre es el *trescientos sesenticinco* día del año; celebramos la *cinuenta y cinco victoria*, son concordancias de perlas. Hay que advertir pues, que al preceder el numeral al nombre que determina es necesario emplear siempre el ordinal y nunca el cardinal, con más razón si aquél es de persona: no se podrá decir que Joaquín Pecci es el *trece* León que figura en la historia del Papado, ni que el *veintitrés* Juan de la misma fué elegido el año de 1410, ni que el *dieciséis* Luis de Francia murió en el cadalso, sino el *décimotercero* León, el *vigésimotercero* Juan, el *décimosexto* Luis.

Con los siglos, es lo más correcto también emplear los ordinales para nombrarlos, y no los cardinales. Esta es la práctica de escritores muy nota-

bles y calificados en punto de lenguaje, como lo comprobamos más abajo. Sin negar que es afectado el decir Juan *vigésimosegundo*, Juan *vigésimotercero*, creemos que las observaciones que presentamos en esta nota filológica no son del todo inaceptables porque carezcan de fundamento.

Baralt escribe en la página 453 del *Diccionario de galicismo*: "Es galicismo usar de los números cardinales por los ordinales, hablando de reyes ó de siglos, v. gr: Luis *catorce*, el siglo *quince* de nuestra era. En castellano siempre se ha dicho Luis *décimocuarto*, el siglo *décimoquinto* de nuestra era. Sin embargo, es costumbre, aunque nueva, muy generalizada; y hay casos en que debe preferirse á la nuestra. Por ejemplo, habría afectación de purismo en decir el Papa Juan *vigésimosegundo* en vez de el Papa Juan *veintidós*. Por el contrario, nadie dirá Fernando *siete*, por Fernando *séptimo*."

Y en la página 399 del tomo primero de los *Siete tratados* del atildadísimo Montalvo leemos: "El flujo por hablar á la francesa no tiene límite en América, lo mismo que en España. Por ver si sería posible acostumar á los lectores á la verdadera pronunciación de los nombres ordina-

les, he escrito Luis *décimocuarto*, no sin algún ejemplo de los clásicos. Pero no, el punto será decir Luis *catorce*. Habiendo oído á un hombre de talento, Felipe *dos*, fui y puse en mi manuscrito: Felipe *segundo*. El monstruo había también dicho: Napoleón *uno*. ¿Qué arbitrio nos queda á los que amamos á nuestra lengua y la cultivamos sino dejarnos morir de pesadumbre, ó caer á palos sobre los malhechores como ésé y molerlos? Napoleón *uno*, Felipe *dos*, Carlos *cinco*, Fernando *siete*. . . . Señor, ¿dónde están tus iras? ¿duermen para despertarse más terribles el día de tus juicios? Un escritor de política ha dado en escribir adrede *Luis 14*, para matarnos de cólera á los que escribimos *Luis XIV*. Por esta regla ha de escribirse también: *Felipe 2* y *Carlos 5*; y eso es que no es nada."

Lo más conveniente y claro sería proscribir en este caso los números romanos para escribir el adjetivo completo: Luis *décimoquinto*, León *décimotercero*, siglo *décimooctavo*, siglo *vigésimo*, y no Luis XV, León XIII, siglo XVIII, siglo XX, según la práctica de Martínez de la Rosa y Juan Montalvo.

Léanse ahora los ejemplos siguientes:

Y allá en la centuria *oncena*,
la familia más cristiana
sin ser esclava romana
no cree ser cristiana buena.

(Zorrilla, *La leyenda del Cid*, p. 190)

Siglo *décimonono*, celebrado
por tanto verso en forma de factura,
raquítico embrión de algún menguado.

(Heriberto García de Quevedo, *Epístola al Duque de Rivas*).

Así van las cosas en este mundo. . . Quiero decir que así iban en el siglo *décimosétimo*. (Juan Nicasio Gallego, *Los Novios*, p. 94) El blanco principal contra el cual asestó sus certeros cuanto despiadados tiros el famoso y

nunca bien ponderado autor del Fray Gerundio de Campazas, á mediados del siglo *décimooctavo*. (Sbarbi, *Una rama de la literatura española perteneciente ya á la historia*). Lo que es ahora en el siglo *décimonono* queremos

ver, y mucho, muchísimo (José Coll y Vehí, *Diál. literarios*, p. 575). El rey Luis *décimocuarto* prohibió la representación de esta obra sublime [la Atalía], porque, dijo, semejante majestad no puede ser profanada en manos mortales. (Montalvo, *Siete tratados*, II, p. 331). Parece que García Ordóñez de Montalvo dictaba estas

Y unir del bien en abono
al pueblo con hidalguía,
es la gran filosofía
del siglo *décimonono*.

(José Joaquín Palma, *La niña orgullosa*).

No es necesario: sin que yo lo apunte,
muy bien imaginarlo pueden todos,
pues el *décimo* siglo eran los hombres
lo que en el siglo son *décimonono*.

(Ángel de Saavedra, *El Moro Expósito*, Rom. XII).

¡Oh, siglo del vapor y del buen tono!
¡Oh, venturoso siglo diecinueve,
ó, para hablar mejor, *décimonono*!

(Bretón, *Épist. sobre las costumb. del siglo*).

Qué visionario! — Qué necio!
se nos viene con sandeces
del siglo *décimotercio*.

—No hablaba usted de ese modo
dos días há. — Me arrepiento.

(Id., *Muérte y verás*, Acto IV, esc. IX).

Aún en el mismo siglo *décimosexto* ya se lamentaba un excelente poeta de que se iba empobreciendo la lengua, á fuerza de hacerla tímida y encogida. (Martínez de la Rosa, *Poética*, P. 115). No más tarde que á principios del siglo *décimotercero* vemos á un poeta hallar sonidos graves y rotundos, para representar el terrible cuadro del juicio final. Id., *Ib.*, p. 142). Tal era el estado que tenía la métrica española á mediados del siglo *décimocuarto*. Ya hallamos celebradas en redondillas las hazañas de D. Alonso *undécimo*. . . . Aun no muy adelantado el siglo *décimoquinto* formó el Marqués de Santillana una colección de refranes ó adagios. Id. *Ib.*, pp. 167 y 198). Nosotros, pobrecitos segundones del siglo *décimonono*, podemos vanagloriarnos de haber

palabras en el siglo *décimoquinto*, para que en el *décimonono* las aplicáramos á nuestro idioma. (Id. *Ib.* p. 380) Ahorcados en árboles se hallan muchos en las novelas clásicas españolas de los siglos *décimosexto* y *décimoséptimo*. (Id., *Cap. que se le olvidaron á Cervantes*, cap. XLVI.).

dado veinte florines al mayordomo que nos pedia cuatro para un hospicio de ciegos en una ciudad del Rhin. (Montalvo, *Siete tratados*, II, p. 250) Las Cortes de Valladolid en el siglo *décimoquinto* no fueron, yo presumo, á pedirle al francés ese *gentes* para hacer su petición al rey? (Id., *Ib.*, 378). A la cabeza de aqueste se hallaba Bolívar, manifestando siempre con enérgica franqueza su repugnancia profunda y decidida por la constitución de año *undécimo*. (Baralt, *Hist. de Venezuela t. I.*, p. 147. Ed. Príncipe).

¿Ha de escribirse con mayúscula ese ordinal usado con nombres propios de persona? En nuestro concepto, tal numeral es un adjetivo como otro cualquiera, y debe escribirse con minúscula.